

cierta condición de pedernal, dispuesto a producir la chispa...

Hasta hoy, de lo mejor, de lo más sugerente que hemos leído en el género, son estos dos versos con que Pablo Neruda empieza por ahí una Canción:

¡Qué pura eres de sol y de noche
[caída,
qué triunfal, desmedida, tu órbita
[de blanco!

Son dos versos de órbita desmedida, de majestad meteórica, efectivamente; pero, no son más que estos dos versos en toda la canción. Los demás siguen tras ellos, inconsistentes, fofos, como la inflada cola de un cometa.

Hay, también, cierta renuncia en estos poetas vanguardistas que se malogran dogmáticamente en celdas de ocultismos, en vez de respirar el aire primordial de la clara poesía. Caminantes que, porque les parece vulgar, gastado, el viejo camino real, toman por los trogloditas atajos enmalezados, desde donde no pueden dominar siquiera el panorama, en vez de labrar concienzudamente otro bello camino, amplio, magnífico... Porque, también nosotros, lo confesamos, quisiéramos soltar velas hacia incógnitos archipiélagos; quisiéramos «luz, más luz»...

¿Qué valor substancial tiene, o puede tener, este arte de vanguardia? ¿Quién sabe! El tiempo es la piedra de toque, para probar toda afirmación. Veintinueve y veintisiete siglos, respectivamente, han pasado desde Salomón y Homero—esas dos piedras angulares del romanticismo y del clasicismo—, y

aun el agua corrosiva del tiempo no ha podido socavar sus fundamentos.

Por ahora, como consecuencia a este arte de ocultismo, va a ser necesaria una crítica de adivinación.—
Guillermo Koenenkampf.

NOVELA

EL SÉPTIMO CAMARADA, de *Boris Lavrenev.*

El recurso más usado por el novelista de la Post-revolución, es el de contrastar la psicología del hombre del antiguo y del nuevo régimen.

Una época no muere de repente. El hombre que la ha creado y se ha nutrido en ella sigue en el nuevo estado de cosas en franca o disimulada oposición, o en franca o disimulada evolución.

Del desconcierto enorme que produce la ubicación de la gente en la nueva jerarquía social, de su mayor o menor capacidad para adaptarse de las reacciones opuestas que produce un nuevo estilo de vida, llenan los novelistas soviéticos las páginas de sus mejores novelas.

Lavrenev plantea un curioso problema en su *Séptimo camarada* (1) Adamoff, un general profesor y alto funcionario del régimen zarista; por su amor a la patria, se solidariza al principio con esfuerzo y más tarde insensiblemente y casi a su pesar con la realidad revolucionaria. Por otro lado, un comunista militante, un mujik, el comandante Rikine, se enamora de las formas refinadas y escogidas que sobreviven a la vida antigua.

(1) Editorial. Cervantes. Barcelona.

Un hombre del pasado que sabe comprender el porvenir y amarlo a pesar de sí mismo. Un Hombre del presente revolucionario que se encuentra seducido por las formas nobles de una aristocracia que cayó. Es la oposición que nos pinta Boris Lavrenev en su *Séptimo camarada* con fina intención irónica.

Dice el general Adamoff:

Al principio quise partir al extranjero, pero no pude. ¿Sabe Ud. lo que me ha retenido? Pues pensar: si parto no veré ya más esta empalizada rusa que camina oblicuamente. No veré alrededor de mí más que pequeñas hayas muy limpias, bien cuidadas, con letreros: «Aquí se puede». «Aquí no se puede». Y no pude partir, no pude alejarme. Más vale esto, que está sucio, ensangrentado; pero que es bien nuestro. No temo en absoluto a la muerte. Lo único lamentable es que no podamos conocer el porvenir. Excesivamente lamentable. El porvenir es siempre bello, cualquiera que sea la luz que lo ilumine.

El comandante rojo Rikine que ha simpatizado con el general del antiguo régimen y en la actualidad lavadero del regimiento, «el viejo Adamoff», le comunica sus dudas:

¿Dios existe? o bien, en realidad no hay más que aire allá arriba. Quisiera saberlo. Ud. camarada Adamoff que conoce las ciencias, explíqueme todo esto.

— ¿Pero si tú eres bolchevique? — dice el general asombrado y enternecido, — no tienes pues el derecho de creer en Dios.

— Es evidente — dice el comandante rojo — pero sin embargo sin Dios esto me parece nebuloso. Nosotros no somos más que unos campesinos... Pero dígame, ¿es ver-

daderamente imposible conciliar la verdad de Dios con la de los bolcheviques?

Poco después el jefe revolucionario manifiesta a Adamoff el motivo de sus cuitas:

— Mira Adamoff, tengo un corazón de mujik y quisiera tener hijos. Solamente quiero casarme con una mujer que sea instruída y que pertenezca a la alta sociedad. Me parece que ahora sí se la puede encontrar... Las mujeres de nuestra clase son tan bestias como los jumentos. Yo quisiera una que sea noble, condesa o cosa así. Una mujer cuidadosa, que tenga buenas costumbres, que suene la nariz a la francesa y les enseñe a tocar el piano.

Yo he visto a niños de conde. Son limpios, juegan y pasean cuerda-mente, saben donde se deben poner los pies y como se hace un lindo gesto con la mano, además declaman en francés como los canarios. Al lado de ellos, yo no era nada. Los cabellos en desorden, el hocico sin lavar, el ombligo desnudo, con el pantalón cayéndose a cada paso, incapaz de expresarme más que con juramentos. Había también una condesita. Era rubia como los trigos y con los ojos azules. ¡Así era! ¡Si pudiera tener una parecida!

Ambos, el general del antiguo régimen y el comandante del ejército rojo mueren defendiendo un ideal revolucionario, un ideal que los convence a medias.

Vidas en evolución, en perpetua lucha consigo mismas y con el medio ambiente tienen un gran interés literario y psicológico, pero la revolución las atropella, no las necesita.

— Juan Uribe-Echevarría.